

Primer Premio

Autor Pedro Gascón Sanmartín

LA MECANÓGRAFA

No tardarán en llegar y debo apresurarme. Estas son las primeras palabras que escribo después de casi veinte años, y soy muy feliz de poder hacerlo. Mis dedos ya no son tan ágiles como lo fueron, pero han recuperado toda la fuerza de entonces. Quiero disculparme. A mi edad te vuelves desconfiada. Últimamente me sentía desgraciada, vacía. No me quedaba ningún motivo para seguir viviendo. Tenía miedo de quedarme postrada. Y creía que a mi familia no le importaba, que pensaban que debía aceptarlo de la misma manera que en mi situación muchas personas lo hacen.

Nací hace más de ochenta años en esta ciudad, en la que siempre he vivido y en la que deseo ser enterrada. Aquí he crecido, me casé y alumbré dos hijos. En esta ciudad trabajé más de medio siglo como mecanógrafa, el oficio que aprendí muy jovencita gracias al permiso de mi padre primero y de mi marido después. Me jubilé justo antes de que lo mecánico cediera su espacio a lo electrónico, y las máquinas de escribir fueron sustituidas por ordenadores. Me alegro de no haber sufrido semejante despropósito tecnológico. Durante más de medio siglo fui capaz de imprimir al instante lo que escribía, sin depender de más energía que la de mis manos, ni necesito ninguna compleja programación. En manos de una persona del oficio una máquina, y podría recitar la marca y modelo de las que he tenido, era lo suficientemente rápida para seguir un dictado y todo lo precisa que hace falta para presentar las cuentas de un balance. Se pueden corregir errores y hacer varias copias al mismo tiempo. Para grandes tiradas o encuadernaciones siempre estaba la imprenta.

Tenía 14 años cuando entré de aprendiz de mecanógrafa en la fábrica en la que me jubilé. Sólo tuve permiso para parir a mis dos hijos y cuidarlos sus primeros meses de vida. Celebré mi último día en activo invitando a comer en un buen restaurante a todas las personas que trabajaban o habías trabajado en la empresa del señor Orsini. Como siempre se hacía en estas ocasiones tan especiales me pidieron que hablara antes del primer brindis. Después de tantos años y aunque esté feo decirlo creo que era muy popular y muy querida. Aunque soy un poco tímida ese día levanté mi copa para decir lo que pesaba y pienso: el progreso cometía un gran error vulgarizando un oficio, el mío, obligando por sistema a cualquiera a escribir e imprimir lo escrito, confiando además que lo hiciera una caja que pocos entendían y aún menos en caso de avería podían reparar.

Aplaudieron mucho mi discurso y fueron muy atentos y cariñosos conmigo. Me regalaron un reloj muy bonito y muy caro que tenía grabado mi nombre y una emotiva dedicatoria.

Después de jubilarme me ocupé de mi marido, enfermo del corazón, y de mis nietos para que sus padres trabajaran. Estaba ocupada y me sentía útil sin necesidad de hacer lo que tantos años había hecho: escribir.

Pero los niños crecieron y me quedé viuda. Y de repente mis piernas se volvieron pesadas y torpes y mis pies incapaces de coordinar los pasos.

Sigo viviendo en la pequeña casa de la calle del Reloj que heredé de mis padres. Cada vez me cuesta más subir los cuatro escalones y ya no hay vecinos que puedan ayudarme si necesito ayuda. Ahora sólo hayo turistas que va y vienen, que unas veces saludan y otras no. Mis hijos me dijeron que no podía estar sola. Cada vez caminaba menos y con más dificultad. Todos me decían que era normal, que me acostumbrara, que me resignara a quedarme sentada. Primero una vez por semana, y ahora días alternos, contrataron a una chica joven, africana, muy amable, para limpiar la casa y hacer la compra. Hace un año viene a verme otro joven que es médico, de Siena, creo, especialista en atender personas de mi edad. Le dije que no dormía bien, que me despertaba varias veces por la noche y que otras las pasaba en vela. Me recetó somníferos. Yo no quiero tomarlos porque a mi edad no debería perderse el tiempo durmiendo. Mis hijos me obligaban y yo hacía como que tragaba la pastilla, y luego la escupía. Les dije que mi problema no eran las horas que dormía sino las que pasaba despierta. Pero no me escuchaban. O eso pensaba.

Todas las noches mis hijos esperaban que me acostara. No se marchaban hasta que yo fingía estar dormida. Luego me levantaba y me sentaba en la mesa de la cocina, viendo pasar las horas encerrada entre aquellas paredes. Así fue hasta que una noche del pasado verano hice algo que nunca antes había hecho. Hacía calor y necesitaba respirar. Me levanté, me vestí y salí a la calle. Había casi tantas personas y coches como de día. Los primeros pasos fueron difíciles y dolorosos y consideré la opción de volver. Pero entonces, de repente recordé ese tiempo en el que fui mecanógrafa, y emulando la cadencia del espaciador entre palabras, caminé. Mis piernas se volvieron capaces y cumplieron su función durante más de una hora. Regresé a casa cansada pero muy satisfecha. No me atreví a decirle nada a nadie sobre mi pequeña aventura.

Volví a hacerlo hasta que se presentó el otoño y una noche me sorprendió la lluvia a media hora de mi casa. Las calles estaban desiertas y no llevaba nada para protegerme del agua que empapaba mi ropa y mi calzado. Fue mi hijo mayor el que la tarde del día siguiente advirtió que mis bonitos zapatos de ante estaban mojados. Me preguntó, le contesté la verdad, y se enfadó. Me dijo que era una temeridad y un despropósito, y algunas otras desagradables palabras que prefiero olvidar. Intenté explicarle lo feliz que me hacía poder andar, ser yo misma y no depender de nadie. Le prometí que no volvería a suceder, pero le mentí.

Le mentí porque ese sonido tan familiar de la máquina de escribir se ha instalado en mi cerebro, y me ha devuelto la vida que creía perdida. Por eso al menos dos veces por semana salgo de casa obedeciendo ese bendito golpeteo que mueve mis piernas, sin que el frío o la lluvia me lo impida. Lo hacía tomando todas las precauciones para que nadie pudiera descubrirme, temiendo siempre que de hacerlo me lo impidieran encerrándome en casa o dejado alguien vigilando mi sueño.

Hace un par de semanas, animada por mi recobrada energía le dije a mi nieta pequeña que quería ir de compras de Navidad con ella. Primero me miró con sus brillantes ojos azules, incrédula, pero luego me

sonrió y me dijo que sí. Yo ya había visto las luces de Navidad encendidas en uno de mis paseos nocturnos pero fingí estar sorprendida. Antes de dejarme en casa nos sentamos en un café y hablamos de ella, y de mí. Estaba tan a gusto y tan feliz que me dejé llevar por la emoción. Le confesé mi secreto, los paseos y la cadencia de mis pasos al ritmo del espaciador, la energía y la felicidad recuperada. Se quedó pensativa y o dijo nada. Por eso después me arrepentí de haberlo hecho. Tuve miedo de que creyendo hacerlo por mi bien ella advirtiera a sus padres. Por eso desde entonces no volví a salir.

Hoy es Nochebuena, y vendrán todos a cenar a mi casa, como siempre se ha hecho y se hará hasta que yo muera. Pero ayer, ayer por la noche sucedió algo que merece que lo escriba para que ellos, y ustedes, lo puedan leer después de que me entierren. Me acosté como siempre, fingiendo tragar el somnífero y haciéndome la dormida para que se marchara mi hijo. No pensaba volver a levantarme hasta que pocos minutos después me pareció escuchar en la calle el típico sonido de una máquina. El mismo que reproducía mi cerebro aunque esta vez parecía real y ajeno a mí. Me vestí pensando que empeoraba mi demencia pero dispuesta como una niña de Hamelin a seguir la llamada. En la calle advertí que el sonido venía del final de la calle y me apresuré a recorrer la distancia que me separaba de lo que sin ninguna duda pude identificar como una Olivetti M40. Era la máquina que durante muchos años había utilizado en mi trabajo y conocía con absoluta certeza su peculiar tableteo. Pero cuando llegué al final de la calle del Reloj no estaba allí. Me paré para escucharla ahora al otro lado del Duomo y la perseguí. Notaba los latidos del corazón más por la emoción que por el esfuerzo. Bajé por Calzaiouli preguntándome qué significaba lo que estaba haciendo y qué sentido tenía aquello. La respuesta la encontré en la plaza de la Signoría, en el espacio cubierto de la Loggia de los Lanzi, en el que rodeados de las reproducciones de las más famosas esculturas clásicas estaban mis hijos y mis nietos sosteniendo entre todos esa maravillosa máquina de escribir que me había llevado hasta ellos. Era mi regalo de Navidad. El mejor que nunca he recibido y el que nunca podré olvidar. Precisamente con esa máquina, esta tarde de Nochebuena escribo lo que quiero que permanezca escrito para siempre.

Disculpen, quisiera darle más detalles pero están llamando a la puerta. Son ellos.